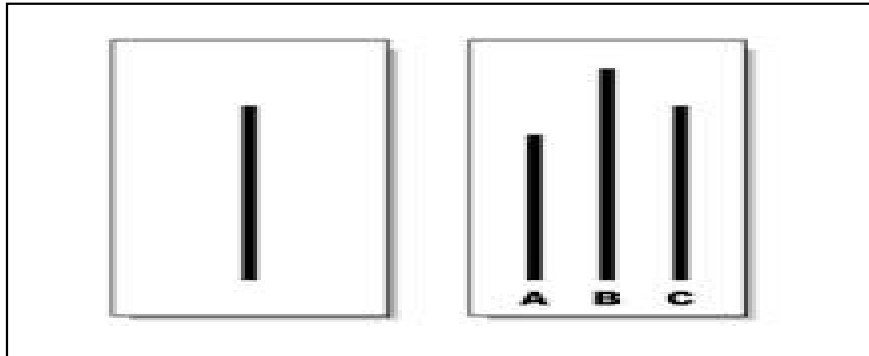


LA CONFORMIDAD CON EL GRUPO: A PROPÓSITO DEL EXPERIMENTO DE SOLOMON ASCH.

Permítanos hacerle dos sencillas peticiones. La primera es una prueba de percepción basada en las siguientes líneas. Obsérvelas con detenimiento:



Para usted, ¿cuál de las tres líneas dibujadas en la cartulina de la derecha, señaladas con las letras A, B y C, es de idéntica longitud a la línea que está en la cartulina de la izquierda? Si ha respondido la línea C, está en lo correcto, aunque probablemente no necesite nuestra confirmación para saber que ha acertado.

Para la segunda tarea, le pedimos que haga una estimación. Si repitiéramos esta pregunta a otros 100 adultos, ¿qué porcentaje de ellos consideraría que respondería la línea C? Probablemente su estimación sea cercana al 100%, quizá un 99% para dejar un margen de error.

El primer propósito de esta pequeña viñeta es mostrar que, bajo ciertas condiciones, podemos encontrar más de un 30% de respuestas erróneas. Para ello vamos a resumir uno de los experimentos más ingeniosos y sencillos de la historia de la psicología social, en el que podemos comprobar cómo la presión de la mayoría dentro de un grupo puede lograr que nuestras opiniones y convicciones más fuertemente establecidas se debiliten y hasta se quiebren.

Al comienzo de la década de los 50, Solomon Asch llevó a cabo un experimento que consistía en mostrar a un grupo de entre 7 y 9 estudiantes una serie de tablas, en juegos de dos en dos. En cada par, la tabla número 1 tenía siempre una sola línea vertical, mientras en la tabla 2 figuraban 3 líneas, también verticales, pero de distinta longitud (similares a la figura mostrada más arriba). Asch explicaba a los sujetos de la prueba que se trataba de un experimento de percepción visual y que su tarea consistía en identificar sobre la tabla número 2 la línea cuya longitud coincidía con la de la tabla número 1. He aquí el curso típico del experimento, según la descripción de Asch:

El experimento discurre en sus primeros pasos de una forma absolutamente normal. Los sujetos sometidos a la prueba van dando sus respuestas por orden, según el puesto que se les ha asignado. En la primera ronda todos señalan la misma línea. Se les presenta un segundo par de tablas y también esta vez las respuestas son unánimes. Los participantes parecen haberse hecho a la idea de enfrentarse con buen ánimo a una serie de aburridos experimentos. Pero en la tercera prueba surge un incidente molesto

e inesperado. Uno de los estudiantes señala una línea que no coincide con la de sus compañeros. Parece sorprendido y casi no acierta a creer que se de tal diferencia de opinión. En la siguiente ronda vuelve a señalar una línea en desacuerdo con los restantes, que se mantienen unánimes en su elección. El disidente se muestra cada vez más preocupado e inseguro, porque la divergencia de opinión prosigue también en las siguientes pruebas: vacila antes de dar su respuesta, habla en voz baja o esboza una forzada sonrisa.

Lo que no sabe es que, antes del experimento, Asch ha instruido cuidadosamente a los demás estudiantes para que, a partir de un momento determinado, todos ellos den una unánime y falsa respuesta. En realidad, la única persona sometida al experimento es el disidente, que se encuentra así inserto en un conflicto sumamente insólito y perturbador. O bien debe contradecir la opinión despreocupada y unánime de los otros y aparecer, por consiguiente, ante ellos como defensor de una concepción de la realidad curiosamente distorsionada, o bien debe desconfiar del testimonio de sus propios sentidos. Por increíble que parezca, un 36,8% de los sujetos de la prueba eligieron esta segunda alternativa y se sometieron a la opinión del grupo, a pesar de que la mayoría de sujetos la consideraban patentemente falsa.

Asch introdujo después algunas modificaciones en el número de sujetos que entraban en la sala y pudo comprobar que la magnitud de la oposición, es decir, el número de personas cuyas respuestas contradecían a las del sujeto del experimento, tiene una importancia determinante. Si en la sala, además del sujeto de experimentación, había un solo sujeto y éste era el contradictor en el grupo, su efecto era casi nulo y los sujetos de la prueba apenas tenían dificultades para mantener su independencia de juicio. Cuando la oposición aumentaba a dos personas, la sumisión de los sujetos alcanzaba, bajo la presión de las respuestas falsas, al 13,6%. Con tres oponentes, la curva de respuestas falsas aumentaba hasta el 31,8%, luego se aplanaba y finalmente alcanzaba la antes citada cota máxima del 36,8%.

A la inversa, la presencia de un compañero que defendía la misma (acertada) opinión, demostró ser una eficaz ayuda contra la presión de la opinión del grupo y a favor del mantenimiento de la propia capacidad de juicio. En estas condiciones, las respuestas erróneas de los sujetos de experimentación del experimento descendieron a una cuarta parte de los valores mencionados.

Es bien sabido que resulta muy difícil imaginarse el efecto de una experiencia que nunca se ha vivido y para la que falta, por consiguiente, un elemento comparativo, por ejemplo en el caso de un terremoto. También aquí se deja sentir el efecto del experimento de Asch. Las personas sometidas a la prueba (a las que, acabadas las sesiones, se les explicaba su verdadera naturaleza) dieron cuenta después de las reacciones emotivas que habían sentido y que abarcaban toda la serie de la escala, desde una leve angustia hasta acusados sentimientos de despersonalización. Incluso los que no se habían sometido a la opinión del grupo, lo hicieron casi sin excepción, con la punzante duda de si tal vez, y a pesar de todo, estaban equivocados.

Paul Watzlawick, en su libro *¿Es real la realidad?*, decía: *“Acaso la conclusión más intranquilizadora que debe extraerse de este experimento es la necesidad, a todas luces profundamente enraizada, de estar en armonía con el grupo, casi en el mismo sentido en que el inquisidor general describe este anhelo. La disposición a someterse, a renunciar a la libertad de opinión individual y a la responsabilidad inherente a la misma, por el*

plato de lentejas de una colectividad que libera de conflictos, es la debilidad humana que lleva al poder a los demagogos y tiranos.”

En añadido, después de conocer el experimento, algo nuclear no puede pasar desapercibido. Los errores en el juicio, percepción y la acción de los participantes no pueden ser completamente explicados por factores de personalidad intrapsíquicos. La fuerza del grupo, de la mayoría aplastante de un grupo, ejerce una poderosa influencia sobre nuestra conducta, pero este consenso puede ser absolutamente erróneo, por lo que nunca debería establecerse como criterio único de actuación y mucho menos de moralidad. El consenso, por tanto, debe tener algún criterio de validez externo a él mismo, a ser posible científico o replicable.

De igual manera, es especialmente interesante la posición personal que adoptemos ante situaciones similares. Este punto de crucial importancia no pasa desapercibido para Asch cuando relata lo siguiente en relación a la dicotomía sumisión–independencia:

“Cuando los individuos anulan su capacidad de pensar y juzgar a su modo, cuando no dejan de relacionarse independientemente con las cosas y las personas, cuando renuncian a su iniciativa y la delegan en otros, alteran el proceso social e introducen en él una arbitrariedad radical. El acto de independencia es productivo desde el punto de vista social, puesto que constituye la única forma de corregir errores y de guiar el proceso social de acuerdo con las exigencias experimentadas. Por otra parte, el acto de sumisión es antisocial, porque siembra el error y la confusión.” (Asch, 1962, p. 463).

Continuando con más palabras de Asch: *“Independencia es autoafirmación, autonomía, confianza en uno mismo y en su relación con los demás; sumisión es superficialidad, renuncia a la propia capacidad, a los propios sentidos, a la experiencia y a los valores.”*

La vida social, por tanto, lleva implícita una doble tarea, la de apoyarse en los demás y la de afirmar nuestra propia realidad. Confianza e independencia, el haz y envés de la hoja de la vida; el juego dialéctico que define la vida social, en la que están implicados los valores sociales y los factores personales.

Referencias:

1) Asch S. *Group forces in the modification and distortion of judgments*. Social Psychology. New York: Prentice–Hall. 1952. pp. 450- 501.

Artículo en el que se puede consultar el experimento original así como diferentes variaciones hechas por el autor para delimitar las variables definitorias en la distorsión de la percepción.

2) Blanco A y cols. *Psicología de los grupos*. Madrid. Ed. Pearson Educación. 2004.

De especial interés el capítulo 2 de la obra donde vienen explicadas resumida y didácticamente algunas de las investigaciones clásicas de la psicología social.

3) Watzlawick P. *¿Es real la realidad?* (del original: *Wie wirklich ist die Wirklichkeit?*, 1976). Marciano Villanueva (trad.) Barcelona. Ed. Herder. 1981 (2ª Ed). Parte segunda: Desinformación. pp 96-99.

Para saber más:

1) *Conformidad con el grupo. El experimento de la longitud de las líneas. Solomon Asch, décadas 50, 60 y 70.*

(vídeo de 1 minuto y medio)

<http://www.youtube.com/watch?v=wt9i7ZiMed8>

2) *Conformidad con el grupo. El experimento del ascensor. Solomon Asch, 1962*

(vídeo de 2 minutos)

<https://www.youtube.com/watch?v=7Y0KT0ajZBw>